Dos ensayos nones

Mauricio Sanders

El corazón

Me dicen que tengo corazón y yo me lo pregunto. Examino con incredulidad mi costado izquierdo con el estetoscopio del médico y, dentro del tórax, entre el esternón y el hombro, detecto un ruido bajo, regular, un ruido doble. No afirmo su creencia, tampoco es que las nociones breves de anatomía que he juntado no indiquen, con unanimidad, que debo tener un corazón para correr cuatrocientos metros o comer berenjenas. Escribo esta encuesta no para interesar en mi extrañeza a un cirujano sino para saber si tengo o no un corazón. No intento la demostración del primer teorema de su existencia ni deducir el primer corolario ni el segundo. Que no confunda a nadie: me interesan las curiosidades privadas más que la divulgación de doctrinas cardiacas o una cardiología *a priori*, no pretendo que nadie se suscriba a un sindicato de anomalías ni ceder mis entrañas al anfiteatro. Si resulta que tengo corazón, me libraré de ocupaciones circenses, podré contemplar los sauces y emprender la natación y el amor de una mujer alta. Si no, me resignaré a ser erizo o azalea, o un fantasma.

El son jarocho, el mambo, podrían servirme, he pensado, para saber si tengo corazón. Ha habido semanas en las que he administrado una inmunidad desusada contra las jaranas. He querido sonsacar una verdad a los silbatos acerca de mi indiferencia por la samba. He pleiteado con las guitarras. El carnaval me extraña porque no me divierten los bufones ni me incitan a nada las mujeres travestidas. No participo de la algarabía pública aun cuando sé que a nadie le importa si lo piso y que nadie me negará tragos de ron a cambio sólo de entremezclarme en la bullanga. Prefiero, con lo que sé, quedarme quieto y beber de la botella agua mineral en los portales. El corazón amerita un son desenfrenado, un beso salobre, exaltado. Amerita medio litro de cerveza y un disfraz de negro, de labios descarados. Sin cerveza, sin otra piel pintada, superpuesta a la mía, con mis discos que reproducen salvajerías, concluyo que no tengo corazón. Me encomiendo, para el carnaval, a una agencia de alquiler, al agua mineral, a un hotel recomendable. No me marco la frente el miércoles de ceniza porque no comulgo con las señas negras. Sigo con el examen de mi pecho.

Para saber si tengo corazón he ido al zoológico, para satisfacerme con el escape del tigre o el bramido del búfalo. El animal y yo y mi mano derecha, el pánico de los veterinarios y los guardias, la disciplina del *kindergarten*, que se retira cerrando filas hasta el camión felizmente amarillo... En mi paseo, bajo el pabellón de los helados, podría doblegar a la fiera mal cuidada, horrible, o la fiera me mataría. Mi corazón ensartado en el cuerno del búfalo, devorado por el tigre (cuya dieta habitual contiene pollos, vitaminas y carne de caballo) me probaría, *post mortem*, que lo tengo. He conseguido poco: conocimientos de zoología y la clasificación de los rumiantes de la sabana. La seguridad del nuevo zoológico es ineludible. El salto del tigre no pasa el foso, el búfalo embiste contra un cristal de cuatro pulgadas. Las alarmas suenan cuando el gorila se malicia o cuando el caimán repasa las rutinas del cuidador. Me atengo a mi suerte o a una distribución de probabilidad no conocida: iré otras tres veces, no compraré de contrabando ni un oso ni un *bull terrier* para pelear en el jardín de mi casa. Para luchar contra las bestias y los monstruos a puñaladas, con un cuchillo, hay que ser ágil, arrojado, valiente. Concedería yo que es probable que el tigre, el búfalo o el doctor extraiga de mis costillas fracturadas el corazón, si muero entre las exhibiciones del zoológico. Si yo venciera, por ágil y arrojado entendería una afirmación.

Para proseguir mi indagación debo preguntar si nadie me lo pide. No es que yo lo diera sino que si nadie me lo pide es que no tengo corazón. A quien le he preguntado me ha respondido que no necesita otro, que el que tiene va bien, puntual. Me han recomendado que llene un formulario de donación para trasplantes. Una mujer equivocada juzgó que la estaba enamorando. Fuimos novios pero ella era judía clandestina y respetaba secretamente al rabino y el noviazgo caducó. Un amigo lo ha pedido y yo le he dicho que se lo guardaré para cuando sepa si lo

tengo o no. Hemos pactado: el no me acusará de fraude si no culminamos el comercio ni se desdirá si lo tengo y se lo puedo dar. Mi amigo me ha dado confianza pero hubiera preferido una oferta postal de un alguien a quien no conociera, a quien no admirara y que no me amara, o que me amara como aman las mujeres. Las respuestas que he sacado me han inclinado por no preguntar más.

He ido a las carnicerías y consultado un vademécum para ver a qué se parece un corazón. De la vitrina sanitaria en que se venden las vísceras bovinas identifico, aplicado, los riñones deliciosos y el hígado morado, los sesos y las morcillas. El corazón lo venden en bisteces colorados, tersos, de los que se complica reproducir una morfología. Mi estudio, si no ponderara yo los cortes, podría llevarme a implantar un *rib eye* en mi pecho. Me cuido más del error en las carnicerías. El vademécum me orienta: por sus cromos puedo reconocer un corazón común por su forma, su peso y su color, carmín. Se le conoce, informa el manual, por su actividad eléctrica y el tejido liso. Estoy preparado, por mi entrenamiento, para distinguir mi corazón entre un tintero, un clavo, un mechero y una mazorca. Entre un tornillo y mi corazón escogería todas las veces que lo intentara el corazón, sin fallar una. Estoy listo para la identificación pero me ha faltado la casualidad. He presenciado, en mis averiguaciones, la alegría del colibrí, las hojas persistentes del eucalipto, el amanecer y la fraudulencia de un boticario. No me avengo a dejar de inquirir y puedo, en el curso de mis pesquisas, admirar los rompeolas y un bárbaro. He comprado un paño de terciopelo rojo y lo he doblado en ocho. Lo llevo en la camisa en lo que me satisfago y le prendo milagros bobos, un beso de espiga, una angustia indecisa.

Importancia de las corbatas

El carmelita Fray Jerónimo de San José, en el capítulo VIII de su *Genio de la historia*, escribe en 1651 un párrafo que, por 1940, copia Azorín para exponer la estética de los primores de lo vulgar. De *Madrid* copio yo el párrafo del tratadista: "A los que sabemos y vemos hoy las cosas y las tocamos y tenemos entre las manos, nos cansa y parece superfluo el referirlas con mucha particularidad. Como si se trata de una ciudad, de una religión y convento en que vivimos, el decir sus ritos y usos ordinarios, y representar sus edificios, campos, huertas y otras cosas tales, por ser ya muy sabidas, aun del vulgo. Pero al que vive en muy remotas tierras, o a los venideros de los siglos futuros, que ni saben ni verán lo que sabemos y vemos ahora los presentes, todo aquello que a nosotros es muy vulgar, será muy raro, y lo que nos parece poco y pequeño, será para ellos mucho y grande." Vendrá un siglo en que las corbatas serán tenidas por una nonada, en que las usarán para envoltura de fiambres, para mechudo. Las mejores corbaterías serán establecimientos poco reputados a los que acudirán, cuidando de silenciar la campanilla y transar a media luz, quienes llevan un comercio ilícito. Quiero dar una noticia breve de las cosas que son, que no serán y que será como si no hubieran sido.

Los hombres, en el año en que escribo, caminamos sobre nuestras patas traseras. Con las manos llevamos comida (higos, cacahuates, pastillas de menta) a la boca. Pateamos balones. Cultivamos abejas y la memoria, aprendiendo poemas que tienen ciento cincuenta años o las páginas amarillas. Cruzamos las piernas para repasar nuestras matemáticas. Fermentamos el zumo de las uvas exprimido, algunos granos macerados y, en algunos casos, completamos el hectolitro con agua. Por un sino dichoso, los varones usamos corbatas, que son listones de sed largos como un niño que midiera un metro y diez centímetros. Las corbatas tienen un haz y un envés. Si son de buena calidad, se pega un forro al revés y se cosen, también por el revés, con una costura longitudinal. Son angostas por la parte superior y anchas por la inferior, si se cogen por su punta más angosta y se dejan colgar. Se pueden encontrar corbatas de cualquier color. Sobre la base del rojo, del azul ultramar, del verde botella, se tejen rayas o puntos, animales, grecas, flores, homúnculos. Las rayas, las grecas, los puntos, las flores pueden ser grandes o pequeños, siempre son más de uno y siempre se suceden regularmente, en patrones con alguna simetría. Los homúnculos se representan disminuidos, enteros o en partes, a veces los guantes o los zapatos, o los sombreros o las espuelas, que no corresponden a un caballo, ni a una silla ni a una bota. El gualda, el añil, el cerúleo o el violeta se repiten en manchas o en motas. Se cortan corbatas de elipses perladas que circunscriben otras bermejas. Se mandan hacer o se encarga que se compren de rombos que se continúan por las puntas, de franjas gruesas en diagonal.

Las corbatas son tiras de seda que se anudan para enamorar mujeres. Se atan al cuello: el aprendizaje de los nudos es laborioso. Sirven para mandar criptogramas que cifran el desengaño o los hijos primogénitos. Son el mecanismo de transmisión de mensajes de amor que, por principios probados de óptica, pueden ser honestos o mendaces, que piden a la amada permiso para cortejarla, para escribirle coplas, para amarla según la numeración ininterrumpida de las tardes. Útiles para la ocultación de los botones de la camisa, envían la sangre carminada, el ansia frutal que madura en medio del cuerpo. Una estrategia cabal de nudos propicia los sonrojos, las palabras que

duelen como una única vergüenza, si no las reticencias del ruiseñor. Las corbatas preanuncian los besos, la codicia de los dientes, el tumulto iracundo de los labios, la indolencia de las jaulas de pájaros, vacías, abiertas. Anteceden al tacto; al cálculo de las llegadas y salidas de los padres de ella; al acoplamiento de la alacena, de la silla de la biblioteca, de todos los baños de una casa, a la sincronía de dos urgencias recíprocas, desiertas, dulces. Se usan así: uno elige a una mujer por una operación del olfato o de la luz, por un gesto fatal, por una generosidad de unos cabellos y de una saliva. Hay que hacérselo saber para aspirar al rubor o al duelo. Hay que elegir una corbata que empareje con las nimiedades de nuestro deseo, con el celo y la brusquedad de nuestras palmas. Podríamos escoger plumas coloradas, pero deslucen con la pana, cuernos de venado, estorbosos para andar por los pasillos. Escogemos, pues, una corbata. La anudamos según nuestro carácter, la enderezamos o no, hacemos el nudo doble, ancho. La lucimos por seña de varón, la pasamos a once metros de los ojos de la amada. Nos mira, se interesa o no, pero deduce de la distribución de los puntos, de la longura de las líneas verticales, que clamamos por ella, que la corbata no es accidental a las maniobras que ejecutamos a distancia. Recorremos círculos a pasos amplios, gastamos el pavimento. Hablamos con amigos que se ponen a un lado, detrás, para no estorbar el lucimiento de nuestra corbata. Nos paramos cerca de la mujer. Ideamos nuestro nombre y le preguntamos por el suyo. La mujer puede negar el recogimiento de sus ojos, guardarse en sus silencios y sus inanidades. Hay que tirar entonces la corbata. Si no, hay que proseguir, inventar su nombre en nuestra garganta, articular una broma para ganar veinte segundos y poder amarla. Lo que sigue se calla.

Habrá veces en que un otro duplique nuestras vueltas, ostente otra corbata frente a los mismos ojos. Hay que retarlo a una lucha que se gana con estratagemas de nudos, porque la que recoge el mensaje nos desdeñará si no nos medimos frente al oponente. Hay que agitar la tela, agrandarla, hincharla. Hay que batirnos con ceremonia, con el daño próximo de una muerte lenta por asfixia. Hay que intimidar al otro enamorado, inclinarlo a la huida, oponer a la suya nuestra hombría. Nos cogemos las rodillas, aplaudimos, gesticulamos. Mostramos el carmín de la corbata, sus ondas púrpuras. Los adversarios rara vez se matan y el que vence despoja al otro de su tira de tela. El que la pierde se humilla y se va de gira con la ópera, como soprano. El que la gana se la cuelga a un monigote y se burla, desde la cama de su amada, del mal gusto del vencido. En secreto, por tradición, admira el tino con que su rival elegía sus corbatas. La competición por la vistosidad de las corbatas reporta una amenaza: el que triunfa peligra porque los envidiosos pueden resolver emascularlo.

Hay hombres que usan corbatas de moño, varones reducidos o criaturas cavilosas que prescinden a propósito de la longitud estándar porque conocen que a cierta clase de mujeres les atrae el desenvolvimiento posible del listón que es todo un nudo duro de alas cortas. Ellas salen al encuentro de esos hombres, que pasean a oscuras por los parques. Sus citas son breves y se repiten muchas noches, hasta que el distraído cambia su aliño, se ufana de una corbata magenta y larga. Los que usan corbatas de moño se arriesgan porque, si no son constantes, acaban ahorcándose de un poste de luz y explicándose como una carta enamorada, patética.

La intensidad es la que nos da la medida de un recuerdo

Ilse Graduohl